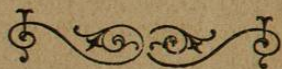


Khamon, donde murieron los baleares. Matho se detuvo palideciendo como el que se siente morir. Aquella vez estaba perdido; la multitud aplaudía.

Corrió hasta la gran puerta que estaba cerrada. Era muy alta, de roble, con clavos de hierro, y chapeada de cobre. Matho trató de abrirla. El pueblo aullaba de alegría viendo la impotencia de su furor. Entonces tomó su sandalia, escupió en ella y abofeteó las inmóviles hojas. La ciudad entera lanzó un clamor. Parecían haber olvidado el velo. Iban á matarle. Matho paseó sobre la multitud una mirada vaga. Sus sienes latían con fuerza inusitada, aturdiéndole; sentía el sopor de los borrachos. De repente se fijó en la larga cadena que había para hacer mover la báscula de la puerta.

De un salto, se colgó á ella, poniendo rígidos los brazos, y afianzándose con los pies; las enormes hojas se entreabrieron.

Entonces, quitóse del cuello el gran zaimph, y lo levantó cuan alto pudo de su cabeza. El manto, sostenido por el viento del mar, resplandecía al sol mostrando sus colores, sus pedrerías y la figura de sus dioses. Matho, llevándole así, atravesó toda la llanura hasta las tiendas de los soldados, y el pueblo, en las murallas, miraba alejarse la fortuna de Cartago.



VI

Hannon



¡DEBÍ robarla!—decía por la noche Matho á Spendio,—¡era preciso cogerla y arrebatársela de su casa! ¡nadie se hubiera atrevido á oponerse á mi paso!

Spendio no le escuchaba. Tendido de espaldas, reposaba con delicia junto á una jarra llena de hidromiel en la que, de cuando en cuando, metía la cabeza para beber más abundantemente.

Matho añadió:

—¿Qué hacer? ¿Cómo volver á Cartago?

—No lo sé,—contestó Spendio.

Aquella impasibilidad le exasperaba, y exclamó:

—¡La culpa es tuya! ¿Me arrastras, y luego me abando-

nas como un cobarde que eres? ¿Acaso debo obedecerte? ¿Crees ser mi dueño? ¡Ah, alcahuete, esclavo! ¡hijo de esclavo!

Rechinaba los dientes, y levantaba contra Spendio su formidable mano.

El griego no contestó. Una lámpara de arcilla brillaba suavemente, iluminando una panoplia de la que estaba suspendido el zaimph fulgurante.

De repente, Matho calzó los coturnos, ciñó su coselete de escamas de bronce, tomó su casco.

—¿Dónde vas?—preguntó Spendio.

—¡Voy allí! ¡Déjame! ¡Lo traeré! ¡Al que se me oponga, le aplasto como una víbora! ¡La mataré, Spendio!

Calló un instante, y luego repitió:

—¡Sí la mataré, ya lo verás, la mataré!

Pero Spendio, que aguzaba el oído, arrancó bruscamente el zaimph y le echó á un rincón, tapándole con pieles. Se oyó un murmullo de voces, brillaron muchas antorchas, y Narr'Havas entró seguido de unos veinte hombres.

Llevaban mantos de lana blanca, largos puñales, collares de cuero, aretes de madera y calzado de piel de hiena. Inmóviles en el umbral, se apoyaban en sus lanzas, como pastores que reposan. Narr'Havas era el más apuesto de todos; correas adornadas de perlas ceñían sus delgados brazos; el círculo de oro que sostenía alrededor de su cabeza el amplio manto ostentaba una pluma de avestruz que caía hacia su espalda; una eterna sonrisa mostraba sus dientes; sus ojos eran agudos como flechas y á primera vista se advertía su inteligencia y ligereza.

Declaró que guerrearía con los Mercenarios, porque la República amenazaba de antiguo su reino. Tenía pues interés en socorrer á los bárbaros, y podía serles útil.

—Os proveeré de elefantes, de vino, de aceite, de cebada, de dátiles, de pez y de azufre, para los sitios; y os proporcionaré además diez mil infantes y diez mil caballos.

Si me dirijo á tí, Matho, es porque la posesión del zaimph te ha convertido en el jefe del ejército. Y añadió:

—Además, somos antiguos conocidos.

Matho, entretanto, miraba á Spendio, que escuchaba sentado sobre un montón de pieles, asintiendo con la cabeza. Narr'Havas, continuó hablando. Invocaba el testimonio de los dioses, maldecía á Cartago. En sus imprecaciones rompió una javalina. Sus soldados lanzaron un gran clamor, y Matho, arrastrado por aquella cólera, dijo que aceptaba la alianza.

Se trajo entonces un toro blanco y una oveja negra, símbolos del día y de la noche. Se los degolló á la orilla de una fosa. Cuando ésta estuvo llena de sangre, hundieron en ella los brazos, luego Narr'Havas, puso su mano en el pecho de Matho, y éste la suya en el de Narr'Havas. Repitieron aquel estigma en la tela de sus tiendas. Después, pasaron la noche comiendo, y se quemó el resto de las carnes, junto con la piel los huesos, los cuernos y las pezuñas.

Una inmensa aclamación saludó á Matho al volver trayendo el velo de la diosa; hasta los que no creían en la religión cananea sintieron que un Genio aparecía. En cuanto á tratar de apoderarse del zaimph, á nadie se le ocurrió; bastaba el modo misterioso como se había adquirido para legitimar su posesión. Así pensaban los soldados de raza africana, los otros cuyo odio era menos tenaz, no sabían que resolver. Es casi seguro que, de haber tenido navíos, la mayoría de ellos se hubiera marchado.

Spendio, Narr'Havas y Matho, enviaron mensajeros á todas las tribus del territorio púnico.

Cartago extenuaba aquellos pueblos. Les exigía impuestos exorbitantes y el grillete, el hacha ó la cruz, castigaban á los morosos. Era preciso cultivar la tierra, según convenía á Cartago, entregarle lo que pedía; á nadie se reconocía el derecho de poseer armas; cuando las aldeas y

pueblos se rebelaban, se vendía á sus habitantes como esclavos; á los gobernadores, se les estimaba como si fueran prensas, según la cantidad que producían. Luego más allá de las regiones directamente sometidas á Cartago, habitaban los aliados que no pagaban si no un mediano tributo; más allá todavía, vagabundeaban los nómadas á quienes se podía lanzar contra los aliados. Siguiendo tal sistema, las cosechas resultaban siempre abundantes, las yegüadas florecientes, las plantaciones soberbias. Catón el viejo, tan entendido en materias de cultivo y de esclavitud, noventa y dos años más tarde admiró tal sistema, y el grito de muerte que repetía en Roma, no era si no la voz de unos celos feroces.

Durante la última guerra, las exacciones habían redoblado, por lo cual, casi todas las ciudades de la Libia, abrieron sus puertas á Régulo. Para castigarlas se les exigió mil talentos, veinte mil bueyes, trescientos sacos de polvo de oro, adelantos considerables de semillas, y los jefes de las tribus habían sido clavados en cruz ó echados á los leones.

Túnez, sobre todo, execraba á Cartago. Más antigua que la metrópoli, no le perdonaba su grandeza. Permanecía frente á sus murallas, hundida en el barro á la orilla del agua, como un animal venenoso que la miraba. Las deportaciones, las matanzas y las epidemias no le debilitaban. Había sostenido á Arcagates, hijo de Agatocles. Los comedores de cosas inmundas, hallaron dentro de su recinto cuantas armas quisieron.

Apenas recibieron los correos, estalló en todas las provincias un indecible regocijo. Sin detenerse ahorcaron á los intendentes de las casas y á los funcionarios de la República; sacaron de las cavernas las antiguas armas que allí ocultaban; con el hierro de los arados se forjó espadas; los niños afilaban las jabalinas, y las mujeres daban sus collares, sus sortijas, sus aretes, todo lo que podía servir para la destrucción de Cartago. Todos querían contribuir

á ella. Los haces de lanzas se amontonaban en las aldeas como gavillas de trigo. Se enviaron ganados y dinero. Matho, pagó á los mercenarios los atrasos de su sueldo, y aquella idea de Spendio, le hizo nombrar generalísimo de las cohortes bárbaras.

Al mismo tiempo llegaban innumerables grupos de hombres para aumentar el ejército. Primero aparecieron los hombres de raza auctoetona, después los esclavos del campo. Se apoderaron los soldados de grandes caravanas de negros, se armó á éstos, y muchos mercaderes que iban á Cartago, incitados por el lucro, permanecieron entre los bárbaros. Incesantemente llegaban al campamento de los mercenarios grupos numerosos. Desde las alturas del Acrópolis, veíase como aumentaba el ejército.

En la plataforma del acueducto, había centinelas de la Legión; cerca de ellos, de trecho en trecho, había calderas de cobre donde hervía asfalto fundido. Al pié de las murallas, la gran muchedumbre se agitaba tumultuosamente. Mostrábase incierta por que temía asaltar las murallas.

Utica é Ippo Zarita, rehusaron su alianza. Colonias fenicias como Cartago gobernábanse á sí mismo, y en los tratados que firmaba la República, se admitía siempre una cláusula en su favor. Respetaban á su hermana que las protegía, y no creían que una multitud de bárbaros pudiera vencerla; por lo contrario, estimaban que sería ella la vencedora. Deseaban permanecer neutrales y en paz.

Pero su posición las hacía indispensables. Utica, situada en el fondo de un golfo, podía enviar facilmente á Cartago socorros del exterior. Si Utica resultaba vencida, Ippo Zarita situada seis horas más allá, también en la costa, la reemplazaría, y la metrópoli, así socorrida sería inexpugnable.

Spendio, quería que se asediara inmediatamente Cartago, pero Narr'Havas se opuso; era preciso ante todo asegurar las fronteras.

Tal era la opinión de los veteranos. Matho, la aprobaba

y quedó decidido que Spendio atacaría inmediatamente á Utica, Matho á Ippo Zarita, y que el tercer cuerpo de ejército, tomando á Túnez por base de operaciones, ocuparía la llanura de Cartago, Autharito, se encargó de su jefatura. En cuanto á Narr'Havas, debía volver á su reino para procurarse elefantes, y recorrer los caminos con su caballería, para evitar la llegada de socorros á la metrópoli.

Las mujeres se indignaron al saber aquella decisión; envidiaban las joyas de las damas púnicas. Los libios también reclamaron. Se les había llamado contra Cartago, y ahora se les arrojaba de ella. Matho, mandaba á sus compañeros, á los iberos, á los lusitanos y á los hombres de occidente y de las islas, y á todos los que hablaban griego, pidieron servir bajo las órdenes de Spendio, porque fiaban en su inteligencia.

La estupefacción fué grande cuando se vió que el ejército se movía de repente. Luego, se extendió bajo la montaña Ariana, por el camino de Utica, á orillas del mar. Un gran destacamento permaneció junto á Túnez; y el resto, desapareció y reapareció de allí á poco á la otra orilla del golfo, cerca de los bosques entre los cuales se perdió.

Eran ochenta mil hombres quizá. Las dos ciudades tirias no resistirían, y pronto volverían contra Cartago. Un núcleo importante ya la sitiaba ocupando el istmo por su base, y bien pronto tendría que rendirse por hambre, pues no podría vivir sin el auxilio de las provincias. El génio político, faltaba á Cartago, su eterna sed de ganancias le impedía tener aquella prudencia que proporcionan las ambiciones más nobles. Navío anclado en la arena libica solo podría permanecer en ella á fuerza de trabajo. Las naciones y las olas mugían de continuo alrededor de ella y la menor tempestad, conmovía el formidable edificio.

El tesoro estaba agotado por la guerra romana, y por todo lo que se había derrochado y perdido, mientras se regateaba con los bárbaros. Sin embargo, era preciso encontrar soldados, y no había un gobierno que fiara en su

buena fe. Ptolomeo, poco tiempo antes le había rehusado dos mi talentos. Además el robo del velo, descorazonaba á los cartagineses, como lo había previsto Spendio.

Pero aquel pueblo que se sentía aborrecido apretaba contra su corazón su dinero y sus dioses; y su patriotismo se avivaba por la forma de su gobierno.

El poder dependía de todos sin que ninguno fuera bastante fuerte para acapararlo. Se consideraban las deudas particulares como deudas públicas, los hombres de raza cananea, tenían el monopolio del comercio; sumando los beneficios de la piratería á los de la usura, explotando rudamente las tierras los esclavos y los pobres, á veces, se llegaba á la riqueza.

Esta era la única que daba acceso á todas las magistraturas, y aún que el poder y el dinero se perpetuaran en las mismas familias, se toleraba la oligarquía por la esperanza de conseguirle.

Las sociedades de comerciantes que redactaban las leyes, escogían los inspectores de hacienda, los cuales al dejar su empleo, nombraban á los cien individuos del Consejo de los Antiguos, el cual á su vez, dependía de la gran Asamblea, reunión general de todos los ricos.

En cuanto á los dos suffetas, aquellos restos de los antiguos reyes, menos poderosos que Cónsules, se elegían el mismo día en el seno de dos familias distintas. Se les dividía por toda suerte de odios y envidias para que se debilitaran recíprocamente.

No podían deliberar sobre la guerra; y cuando quedaban vencidos, el Gran Consejo les crucificaba.

Así pues, la fuerza de Cartago, emanaba de los Pussylas, establecidos en un gran patio en el centro de Malqua, en el sitio en que había sacado la primera barca de marineros fenicios, y que ahora resultaba tenerse firme, porque desde entonces se había retirado mucho el mar. Había en aquel patio gran número de habitaciones pequeñas, de arquitectura arcaica, construidos de troncos de palme-

ra para que pudieran deliberar las diferentes compañías. Los ricos, se reunían en aquel sitio y pasaban discutiendo horas y horas acerca de sus intereses, y de los del gobierno, tratando desde el cultivo de la pimienta hasta la esterminación de Roma. Tres veces por luna, hacían subir sus lechos á la alta terraza que limitaba las paredes del patio; y desde abajo se les veía sentados en la altura sin coturnos y sin mantos, con los diamantes de sus dedos que se paseaban sobre las carnes, y sus grandes arracadas que se hundían en las jarras, todos gordos y fuertes, medio desnudos, dichosos, riendo y comiendo en pleno azul, como tiburones que juegan entre las olas.

En la ocasión presente, no podían disimular su inquietud, y estaban pálidos; la muchedumbre que les esperaba en la puerta les escoltaba hasta sus casas para ver de sacarles alguna noticia. Como en tiempo de peste todas las casas estaban cerradas; las calles se llenaban y vaciaban en un momento; se subía al Acropolis; se acudía al puerto; el Gran Consejo, delliberaba cada noche.

Por fin el pueblo fué convocado en la plaza de Khamon y se decidió dar el poder supremo á Hannon, el vencedor de Hecatophilos.

Era un hombre devoto, taimado, implacable para los africanos, un verdadero cartaginés. Sus rentas eran tan grandes como las de los Barca. Nadie como él era entendido en administración.

Decretó el alistamiento de todos los ciudadanos válidos. Colocó catapultas en las torres, exigió aprestos considerables de armas, ordenó la construcción de catorce galeras, que de momento no se necesitaban; quiso que todo se anotara se detallara. Se hacía trasportar al arsenal, al faro, al tesoro de los templos; de continuo se veía su gran litera que oscilando de grada en grada, subía la escalinata del Acrópolis. Por la noche en su palacio, como no podía dormir, para prepararse al combate, ordenaba con voz terrible maniobras militares.

Todos por exceso de terror resultaban valientes. Los Ricos desde que cantaban los gallos se alineaban á lo largo de los Mappales, y arremangando sus túnicas se adiestraban en manejar la pica. Pero como no tenían quien les instruyera disputaban. Sentábanse cansados sobre las tumbas, y luego, volvían á empezar. Muchos se sometieron á un régimen determinado. Unos creyendo que para resistir las fatigas de la guerra, era preciso comer mucho, se hartaban brutalmente; otros á quienes su corpulencia molestaba, se imponían abstinencias y ayunos.

Utica había reclamado ya muchas veces el auxilio de Cartago, pero Hannon, no quiso marchar hasta que no faltó ni un clavo á las maquinas de guerra. Perdió todavía tres lunas, equipando los ciento doce elefantes que había en los establos de las murallas; eran los vencedores de Régulo; el pueblo les quería; debía tratarse con esmero á aquellos antiguos amigos.

Hannon, hizo refundir las planchas de cobre que cubrían su pecho, dorar sus colmillos, ensanchar sus torres y cortar las piezas de la mejor púrpura gualdrapas bordadas con franjas preciosas. Como se acostumbraba á llamar á sus conductores «los indios,» ordenó que á todos se les vistiera según la usanza india, es decir con un turbante blanco y un taparrabos de bysso que formaba con sus pliegues transversales á modo de las valvas de una concha sobre las caderas.

El ejército de Autharito, continuaba ante Túnez. Se ocultaba detrás de la muralla construída con barro del lago erizada con su cima de malezas espinosas. Los negros habían puesto sobre altos palos hombres monigotes, máscaras humanas hechas con plumas de pájaros, cabezas de chacales y de serpientes que abrían las fauces de cara al enemigo, para asustarle. Por tal medio, y creyéndose invencibles, los bárbaros bailaban, luchaban y jugaban convencidos de que Cartago sucumbiría muy pronto. Otro que no fuese Hannon hubiese aplastado facilmente aque-

lla muchedumbre á la que embarazaban para sus manobras grandes rebaños y buen número de mujeres. Autharito desanimado, no exigía nada de sus subordinados. Se apartaban cuando pasaba centelleando sus grandes ojos azules, luego, llegado á la orilla del lago, se quitaba su sayo de piel de fca, desataba la cuerda que sujetaba sus largos cabellos rojos y los sumergía en el agua. Sentía no haber desertado al campo romano con los dos mil galos del templo de Eryx.

A veces, en mitad del día obscurecíase el sol, entonces, el golfo y el mar libre parecían inmóviles, como si fueran de plomo fundido. Una nube de polvo obscuro llegaba arremolinándose, las palmeras se encorvaban, desaparecía el firmamento, oíase chocar las piedrezuelas contra la grupa de los animales, y el Galo con los labios pegados á los agujeros de su tienda se ahogaba de sofocación y de melancolía.

Otros, además de él, echaban de menos su patria, aunque no fuera tan lejana. Los cartagineses cautivos podían distinguir al otro lado del golfo, en los pendientes de Byrsa los velorios de sus casas tendidos en los patios.

Pero los centinelas les vigilaban de continuo. Se les había atado á todos á una cadena común. Todos llevaban un yugo de hierro, y la multitud no se cansaba de mirarlos. Las mujeres enseñaban á sus hijos sus preciosas túnicas desgarradas que colgaban de sus miembros demacrados.

Cada vez que Autharito miraba á Giscón, sentía un tremendo furor al recordar su injuria; le hubiera matado sin el juramento que hizo á Narr'Havas. Entonces volvía á su tienda, bebía una mezcla de cebada y comino hasta emborracharse, y despues, despertaba devorado por una sed horrible.

Matho entretanto, sitiaba á Hippo Zaryta.

La ciudad estaba protegida, por un lago que comunicaba con el mar. Tenía tres recintos y sobre las alturas que

la rodeaban había una muralla flanqueada de torres. Nunca había acometido el libio empresas tales. El recuerdo de Salambó le obsesionaba y soñaba en los placeres que debía proporcionar su belleza, como delicias de una venganza que le transportaba de orgullo. Pensó varias veces en ofrecerse como parlamentario. Pensaba que si entraba en Cartago, podría llegar hasta ella. A veces daba la señal del asalto y se lanzaba como un loco contra una obra de defensa de los sitiados. Detrás de él iban los bárbaros, destruyendo cuanto encontraban, derribando con su espada y con sus hachas todos los obstáculos. Las escalas caían con estrépito; resonaban los gritos de angustia de vencidos y vencedores que caían heridos, y todo volvía á quedar en silencio:

Matho se sentaba fuera de las líneas de las tiendas y, engugándose con sus manos su rostro salpicado de sangre, miraba hacia Cartago,

Delante de él entre los olivos, palmeras, mirtos plátanos, había dos anchos estanques que se juntaban á un lago, cuyos contornos no se veían apenas. Detrás de una montaña surgían otras montañas, y en el centro del inmenso lago, elevábase una isla negra de forma piramidal. A la izquierda, al extremo del golfo, montones de arena, enormes, densas, semejaban á olas amarillentas petrificadas de repente, mientras el mar, plano como un pavimento de lapiz-lázuli, elevábase insensiblemente hasta confundirse con las nubes.

Matho lanzaba hondos suspiros. Se tendía de bruces en la arena y hundiendo en ella sus manos, lloraba. Sentíase solitario, débil, abandonado. Jamás obtendría lo que anhelaba y ni siquiera podía apoderarse de una ciudad.

Por la noche, en su tienda, contemplaba el zaimph. ¿Para que le servía aquel atributo de los Dioses? Y de nuevo dudada. Luego pensaba que aquel manto pertenecía á Salambó y que un soplo de su alma flotaba entre

sus pliegues; y entonces le palpaba, le olía, hundía en él su rostro y le besaba sollozando.

Se cubría los hombros con él para formarse la ilusión de que estaba junto á ella.

A veces se escapaba de repente. Saltaba por sobre los soldados que dormían envueltos en sus mantos, montaba á caballo, galopaba sin descanso y dos horas después estaba en Utica al lado de Spendio.

Al principio hablaba del sitio; pero después, para mitigar su dolor sólo pensaba en Salambó y de ella hablaba. Spendio le exhortaba á tener paciencia.

—Rechaza esos pensamientos que degraban tu alma. En otro tiempo obedecías; hoy mandas. Si no conquistamos á Cartago, cuando menos se nos concederá algunas provincias y seremos reyes.

Pero ¿porqué la posesión del Zaimph no les aseguraba la victoria? Según Spendio, era preciso esperar.

Matho imaginaba que el zaimph solo tenía virtudes para los hombres de raza cananea y en su malicia de bárbaro pensaba; «El velo no hará nada en mi favor; pero como se lo han dejado arrebatat, tampoco les favorecerá á ellos.»

Después nuevas dudas le asaltaron. Tenía que, sacrificando á Aptonkno, dios de los libios, se ofendiera Moloch; preguntó á Spendio á cual de los dos sería más prudente sacrificar un hombre.

—Es igual,—replicó Spendio.

El libio no comprendía tal indiferencia é imaginó que el griego tenía un genio del que no quería revelar el nombre.

Todos los cultos como todas las razas alentaban en las filas de los bárbaros. Además de tener á los suyos, respetaban á los ajenos. Algunos mezclaban extrañas prácticas á sus ritos nacionales. Otros, á fuerza de saquear templos y derribar ídolos y degollar á sus sacerdotes, acababan por no creer si no en el Destino y en la Muerte. Spendio

hubiese escupido á Júpiter Olímpico y, sin embargo, temía hablar en voz alta á obscuras y cada día se calzaba primero el pie derecho.

Hacia levantar enfrente de Utica una ancha terraza cuadrangular, pero á medida que subía elevábanse las murallas también y lo que derribaban unos, casi inmediatamente lo separaban los otros. Spendio procuraba ahorrar las vidas de sus soldados, y procuraba recordar la estratagema que oyo contar en sus viajes. ¿Porque Narr'Havas, no volvía? Aumentaba la inquietud.

Hannon había terminado sus preparativos. En una noche sin luna, hizo atravesar en almadía el golfo de Cartago á sus elefantes y soldados.

Luego, dieron la vuelta á la montaña de las Aguas Calientes para evitar á Autharito, y avanzaron con tal lentitud, que en vez de sorprender á los bárbaros al amanecer, como calculaba el Sufleta, se llegó á su vista en pleno día de la tercer jornada.

Utica tenía por el lado de Oriente una gran llanura que llegaba hasta la laguna de Cartago; detrás de ella, empezaba un valle aprisionado entre dos bajas colinas aisladas; los bárbaros estaban acampados más lejos, á la izquierda, para poder bloquear el puerto; dormían dentro de sus tiendas, cuando apareció el ejército cartaginés.

Los honderos iban en las alas. Los guardias de la Legión, sepultados en sus armaduras de escamas de oro, formaban la primera línea; montados en sus grandes caballos, sin crines ni orejas, y que llevaban en medio de la frente un cuerno de plata para que semejasen reinocerontes. En los huecos que dejaban sus escuadrones, iban infantes con casco que balanceaban en cada mano una jabalina de fresno. Las largas lanzas de la infantería pesada asomaban detrás de ellos.

Todos aquellos mercaderes habían acumulado sobre sí

el mayor número posible de armas. Algunos llevaban á la vez una lanza, un hacha, una maza, dos espadas; y otros parecidos á puerco espines, aparecían erizados de dardos y sus brazos se apartaban de las corazas formadas de placas de cuerno ó de planchas de hierro. Aparecieron luego las grandes máquinas de guerra; carrobalistas, onagros, catapultas y escorpiones, oscilaban sobre carromatos tirados por mulas y cuádrigas de bueyes. A medida que el ejército se desplegaba, los capitanes sofocados, corrían á derecha é izquierda para comunicar órdenes, estrechar filas y hacer que cada cual ocupara su puesto. Los de los Antiguos llevaban cascos de púrpura, cuyas franjas magníficas y larguísimas se enredaban con las correas de los coturnos.

Los cartagineses, maniobraban tan pesadamente, que los soldados riendo les invitaron á sentarse. Les gritaban que en seguida les vaciarían las barrigas y les harían beber hierro.

En lo alto del mástil plantado ante la tienda de Spendio, apareció un pedazo de tela roja. Era la señal. El ejército cartaginés contestó á ella con gran ruido de trompetaría de címbalos, de flautas hechas con huescos de asno y de tímpanos. Ya los bárbaros habían saltado fuera de las empalizadas. Los dos ejércitos estaban á tiro de jabalina frente á frente.

Un hondero balear adelantó un paso, puso una bala de arcilla en la onda, volteó ésta; estalló un escudo de marfil y los dos ejércitos se precipitaron uno sobre otro.

Con la punta de sus lanzas los griegos, pinchando á los caballos en las narices los derribaron sobre sus ginetes. Los esclavos que debían lanzar piedras, las tomaron demasiado gruesas y no podían arrojarlas lejos. Los infantes púnicos al herir de tajo con sus largas espadas, descubrían el flanco derecho. Los bárbaros hundieron sus líneas y les degollaban fácilmente; tropezaban con los moribundos y los cadáveres, cegados por la sangre que les saltaba al ros-

tro. Aquel montón de picas, de cascos, de corazas, de espadas y de miembros confundidos, se revolvió, se ensanchaba, se estrechaba en elásticas contracciones. Las cohortes cartaginesas cedieron más y más; sus máquinos de guerra no podían adelantar en la arena; la litera del sufleta, que se veía desde el principio balancear por sobre los hombros de los soldados como una barca sobre las olas, zozobró de pronto. ¿Había muerto? Los bárbaros quedaron solos.

Desvaneciase la polvareda alrededor de ellos y empezaban á cantar victoria cuando Hannon apareció montado en un elefante. Llevaba la cabeza desnuda, y su collar de placas azules chocaba contra su túnica negra; aros de diamantes comprimían sus enormes brazos y con la boca abierta blandía una pica desmesurada que terminaba en varias puntas y más brillante que un espejo. En seguida retembló el suelo, y los bárbaros vieron avanzar en una sola línea todos los elefantes de Cartago, con sus colmillos dorados, las orejas pintadas de azul, cubiertos de bronce y balanceando sobre sus formidables torres de cuero en que había tres arqueros con el arco tendido. Apenas si los soldados pudieron defenderse. Considerando segura la victoria, se habían desbandado y se alinearon como pudieron. El terror paralizó su empuje y permanecieron indecisos.

Desde lo alto de las torres les echaban jabainas, flechas, falaricas, masas de plomo. Algunos, queriendo subir á las torres, se agarraban á las franjas de las gualdrapas. Con grandes cuchillos se les cortaban las manos, y caían hacia atrás sobre las espadas en alto. Las picas, demasiado débiles se rompían. Los elefantes, pasaban á través de las falanjes, como los jabalíes por el monte bajo; arrancaban las estacas del campamento con sus trompas. Atravesaron éste de un extremo á otro derribando las tiendas con el pecho. Todos los bárbaros habían huído. Se ocultaban en las colinas por donde los cartagineses llegaron.



Hannon vencedor, se presentó ante las puertas de Utica. Hizo tocar las trompetas. Los tres jueces de la ciudad aparecieron en lo alto de una torre entre la almena.

Los de Utica no querían recibir huéspedes tan bien armados. Hannon se indignó. Por fin consintieron en admitirle con una corta escolta.

Las calles eran demasiado estrechas para los elefantes. Fué preciso dejarles fuera.

En cuanto el suflata entró en la ciudad, fueron á saludarle los principales ciudadanos. Se hizo llevar á los baños y llamó á sus cocineros.

Tres horas después, aún estaba hundido en el aceite de cinamomo, del que llenaron la pila; mientras se bañaba, comía, sobre una piel de buey tendida, lenguas de fenicopteros con semillas de amapola mezcladas con miel. Cerca de él, su médico griego, envuelto en su amplia túnica amarilla, hacía calentar de cuando en cuando la estufa y dos jóvenes inclinados sobre los peldaños del baño le frotaban las piernas. Pero los cuidados de su cuerpo, no amenguaban su amor á la República y dictaba una carta para el gran Consejo. Como se habían cogido algunos prisioneros, preguntábase qué terrible castigo inventaría.

— Espera, — dijo á un esclavo que escribía. — ¡Que me los traigan, quiero verlos!

Desde el fondo de la sala, llena de un vapor blanquecino en que las antorchas formaban como manchas rojas, empujaron á tres bárbaros; un samnita, un espartano y un capadocio.

— Continúa, — dijo Hannon.

«¡Alegraos, luz de los Baals! ¡vuestro suflata ha exterminado á los perros voraces! ¡Bendita sea la República! ¡Ordenad rezos públicos!»

Vió á los cautivos y riendo les dijo;

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Valientes de Sicca! Parece que hoy no gri-

táis tan fuerte. ¡Soy yo! ¿Me conocéis? ¿Dónde están, pues, vuestras espadas? ¡En verdad que sois terribles!

Fingió querer ocultarse como si tuviesen miedo.

— ¡Pediais caballos, mujeres, tierras, magistraturas, sacerdocios! ¿Por qué no? ¡Sí, yo os daré tierras de las que jamás saldréis! ¡Se os casará con horcas nuevas! ¿Vuestra paga? ¡Os la fundiremos en la boca en lingotes de plomo! ¡Y os pondré en buen sitio, muy alto, casi en las nubes, para que os acerquéis á las águilas!

Los tres bárbaros desgñados y cubiertos de harapos, le miraban sin comprender lo que decía. Heridos en las rodillas, les cogieron echádoles cuerdas, y las gruesas cadenas de sus manos arrastraban por el pavimento.

Hannon se indignó al ver su impasibilidad.

— ¡De rodillas! ¡De rodillas! ¡Chacales, polvo, gusanos, excrementos! ¡Y no me contestan! ¡Basta! ¡Callaos! ¡Que se les depelleje! ¡No! ¡Esperad!

Soplaba como un hipopótamo dilatando los ojos. El aceite perfumado pegándose á las escamas de su piel, y la luz de las antorchas le daba un tinte rosado.

Añadió:

— Durante cuatro días hemos sufrido el sol. En el paso de Macar, hemos perdido las mulas. ¡Ah! ¡Cómo sufrol! ¡Que se calienten los ladrillos hasta el rojo!

Se oyó un ruido de palas y el incienso humeó en los anchos pebeteros y unos esclavos desnudos que sudaban como esporjas, aplastaron sobre las articulaciones del Suflata una pasta compuesta de harina, azufre, vino tinto, leche de perra, mirra, gálbano, y styrax. Una sed incesante le devoraba; el hombre vestido de amarillo no cedió á sus ruegos, y tendiéndole una capa de oro donde humeaba un caído de víbora, «bebe, la dijo, para que la fuerza de las serpientes nacidas del sol, penetre en el tuétano de los huesos. ¡Oh! ¡Reflejo de los dioses! Ya sabes que un sacerdote de Schum observa alrededor del Perro los astros

crueles que engendran tu enfermedad. Palidecen como las máculas de tu piel, y no morirás.

—No, ¿verdad?—repitió el Suffeta.—¡No debe morir!

Y de sus labios violáceos se escapaba un aliento más nauseabundo que la exhalación de un cadáver. Dos brasas parecían arder en el sitio de los ojos que no tenían pestañas. Un colgajo de piel rugosa le caía sobre la frente. Sus dos orejas apartándose de la cabeza, empezaban á crecer y las arrugas profundas que formaban semicírculos alrededor de sus narices, le daban un aspecto extraño y espantoso, gran semejanza á un animal feroz. Su voz extraña parecía un ruidido. Dijo:

—Quizás tienes razón, Demonades, creo que no debo morir. ¡Me sieto fuerte, mira, mira como trago!

Y menos por gula que por ostentación, y para probarse asimismo que estaba bien, se hartaba de quesos, de pescados limpios de espina, de ostras, huevos, trufas y pajaritos asados. Mirando á los prisioneros se deleitaba pensando en su suplicio. Al acordarse de Sicca, la rabia de todos sus dolores se exhalaba en injurias contra aquellos hombres.

—¡Ah traidores! ¡Miserables! ¡Malditos! ¡Me ultrajabais á mí! ¡A mí, el Suffeta! ¡Sus servicios! ¡El precio de su sangre como dicen ellos! ¡Ah! ¡Sí! ¡Su sangre! ¡Su sangre!

Luego, hablando consigo mismo, añadió:

—¡Todos perecerán, no se venderá ni uno solo! Mejor sería conducirlos á Cartago. ¡Pero no tengo bastantes cadenas! ¡Escribid que me envien! ¿Cuántos son? ¡No haya piedad! ¡Que me traigan en cestas todas sus manos cortadas.

En aquel instante estallaron gritos extraños á la vez roncós y agudos, dominando la voz de Hannon y el ruido de los platos que se le servían. Crecieron cada vez más, y se oyó de súbito el grito furioso de los elefantes, como si la batalla empezara de nuevo. Un gran tumulto rodeó la ciudad entera.

Los cartagineses no habían tratado de perseguir á los

bárbaros. Permanecieron al pie de las murallas con sus bagajes, sus criados y todo su tren de sátrapas. Entreteníanse en sus tiendas bordadas de perlas, mientras el campamento de los mercenarios, situado en la llanura no era sino un montón de ruinas. Spendio recobró su valor. Envió á Zarachas al campamento de Matho, recorrió los bosques, reunió sus hombres, los cuales, irritados de haber sido vencidos sin combate, de nuevo formaron sus cohortes y compañías. Entonces encontraron un gran cubo de petróleo abandonado sin duda por los cartagineses. Spendio hizo coger gran número de cerdos, los remojó con el líquido, le inflamó y los dirigió hacia Utica.

Los elefantes, asustados por aquellas llamas huyeron. El terreno estaba en pendiente allí y los cartagineses al ver la luz de aquellos animales, les echaron jabalinas que acabaron de irritarles, y con sus colmillos y bajo sus pies aplastaban á los cartagineses, les ahogaban, les destrozaban. Detrás de ellos, los bárbaros bajaban de la colina; el campamento púnico sin empalizadas ni trincheras, fué tomado á la primera embestida y los cartagineses fueron aplastados contra las puertas que no se abrieron por temor á los mercenarios.

Apuntaba el día; por occidente se vió llegar la infantería de Matho. Al mismo tiempo apareció gran golpe de jinetes; eran Warr'Havas con sus númidas. Saltando barrancos y malezas perseguían á los fugitivos como lebreles que dan caza á las liebres. Aquel cambio de fortuna, interrumpió al Suffeta. Gritó que le sacaran del baño.

Los tres prisioneros permanecían aún ante él. Entonces un negro, el mismo que en la batalla llevaba su quitasol se inclinó á su oído.

—¿Qué?...—contestó el Suffeta lentamente.—¡Ah! ¡mátalos! añadió con tono brusco.

El etiope, sacó del cinto un largo puñal y las tres cabe-

zas cayeron. Una de ellas, botando entre los restos del festín saltó dentro de la pila, donde flotó unos instantes con la boca abierta y los ojos fijos.

La claridad de la mañana entraba por las aberturas; de los tres cuerpos tendidos boca abajo, salía á borbotones la sangre como de tres fuentes, y un charco de sangre corría por el mosaico cubierto de polvo azul. El Suffeta mojó la mano en aquel fango caliente y con él se untó las rodillas. Era un remedio.

Cuando llegó la noche salió de la ciudad con su escolta, y luego metióse entre montañas para reunirse á su ejército.

Sólo encontró los restos.

Cuatro días después, estaba en Gorza, en lo alto de un desfiladero, cuando las tropas de Spendio se presentaron en la parte baja.

Hannon reconoció en la retaguardia al rey de los numidas; Narr'Havas se inclinó para saludarle, haciéndole una señal que no comprendió.

Volvió á Cartago pasando mil penalidades. Únicamente caminaban de noche; de día se ocultaban en los olivares. En cada etapa morían muchos; se creyeron perdidos muchas veces; por fin llegaron al cabo Hermæum, donde embarcaron.

Hannon estaba tan fatigado, tan desesperado, que pidió veneno á Demónades. Además se veía ya crucificado.

Cartago no tuvo fuerza para indignarse contra él. Se habían perdido cuatrocientos mil novecientos setenta y dos siclos de plata, quince mil seiscientos veintitres shekels de oro, dieciocho elefantes, catorce individuos de Gran Consejo, trescientos Ricos, ocho mil ciudadanos y todas las máquinas de guerra! La defección de Narr'Havas era cierta, los dos sitios empezaron de nuevo. El ejército de Autharito, se extendía ahora desde Túnez hasta Rades.

De lo alto del Acrópolis se veían en la campiña espesas

humaredas que subían hasta el cielo. Eran las quintas de los Ricos que ardían.

Sólo un hombre hubiera podido salvar á la República. Se arrepintieron de haberle desconocido, y hasta el partido de la paz, votó holocaustos para la vuelta de Hamilcar.

La pérdida del zaimph había transformado á Salamm-bó. Por la noche creía oír los pasos de la Diosa y despertaba asustada lanzando gritos. Todos los días mandaba llevar comida á los templos. Taanach se extenuaba cumpliendo sus órdenes, y Schahabarima no la abandonaba.

